

UN FELLAGHA

Por Juan Moll:

HOY, día primero de noviembre, aniversario de la Revolución argentina, Argel estalla en fiestas. Los que fueron guerrilleros hasta hace unas pocas semanas desfilan entre las aclamaciones del pueblo; las banderas antes prohibidas ondean bajo el sol africano; por las calles donde antes estallaban los plásticos y trepidaba la metralleta los muchachos disparan cohetes y cantan; hay discursos encendidos y vitores a la libertad y a la victoria. Parece que todo está ganado y apenas un temor enturbia la esperanza. Un cielo azul, sin una sola nube, cubre Argella, desde el mar al desierto.

Así al menos lo dice el locutor, desde allá, sobre el fondo de himnos que la emisora recoge y nos envía a través del espacio.

Pero yo me siento cada vez más triste y he acabado por cerrar la radio.

El recuerdo de Raschid se ha apoderado de mí desde que ayer recibí la carta de Mohamed. Una carta bien distinta a la que yo esperaba. En ella se mezclan extrañamente las malas noticias con la satisfacción por el fin de la guerra. A mí, lo de Raschid es lo que más me ha impresionado, hasta llenarme de esta tristeza creciente.

Yo nunca conocí personalmente a Raschid. Pero le quería como si le hubiera conocido de toda la vida, desde una noche ya muy lejana en que leí su última carta. Es el recuerdo de aquella noche lo que más me inquieta en estos momentos.

Acababa de venir de Argelia el padre de Mohamed. Mohamed vivía entonces con nosotros, en nuestra casa, estudiando un poco mientras aguardaba la hora de poder regresar a su país.

Cuando llegó su padre todos nos conmovimos con él.

Había hecho el viaje en avión y no había tardado más que dos horas en llegar a Madrid. Argel está ahí al lado, a dos horas de distancia, y esto es lo primero que comprendimos. El mismo Mohamed, mirando a su padre, creía verle aún rodeado de la familia. El hombre se había traído jirones de aquella atmósfera. Los colores, los ruidos y el bullicio

del barrio de Belcourt se le reflejaban todavía en los ojos turbios, en el asombro con que nos contemplaba de vez en cuando, como escuchando; en su gesto torpe al moverse entre nosotros.

Estaba muy contento y no hacía más que contar cosas de allí, satisfecho de poder informarnos a fondo. Quien no entendiese el árabe creería que traía muy buenas noticias. Movía mucho las manos y su cara no perdía una sonrisa medio soca-

rrona que se le derramaba hasta por los ojos, las minuciosas arrugas y la calva brillante.

Sin embargo, estaba contando historias terribles. Sus hermanos Abdelkader y Chekid habían muerto; de Ammar no llegaban noticias desde hacía más de ocho meses; su sobrino Bendrix había sido condenado a muerte y el hijo menor de Lakem había sido detenido; los franceses registraron la semana anterior en la casa, buscando a Lharbi, pero no lo

encontraron —después de tres horas de revolverlo todo— y Lharbi pudo salir cuando ellos se fueron; Cherifa, la hermana de Akli, vino huyendo de Setif y perdió las dos piernas al estallar una bomba colocada en la parada del tranvía...

De todos los parientes y conocidos de la familia iba hablando, uno por uno, y luego empezó a relatarlos como se desarrollaron las últimas manifestaciones. Escuchándole, se nos pasaban las horas sin darnos cuenta. El, sin embargo, se detuvo tranquilamente en cierto momento, se quitó los zapatos mientras acababa una frase y pasó a su cuarto para hacer la oración.

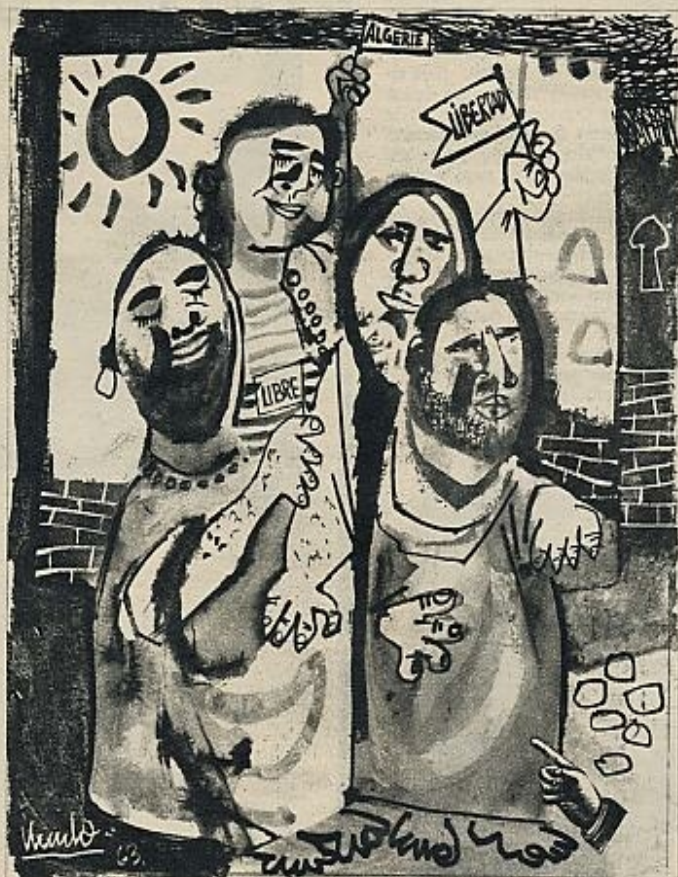
Nos quedamos en silencio, entre tanto, sin mirarnos siquiera. Mohamed parecía un poco confuso. El padre le llamó y le pidió una jofaina con agua. Mohamed se la llevó y tardó mucho en regresar.

Cuando el viajero terminó su oración y volvió con nosotros, continuó tranquilamente su relato, en el mismo punto donde lo había interrumpido, asombrándonos con sus innumerables detalles. Todo parecía verlo desde la altura y nada le resultaba absurdo; incomprendible, a lo más. Se diría que era inmensamente feliz y tenía el triunfo en la mano.

El padre de Mohamed es ya viejo y ha trabajado mucho. Cuando era joven trabajaba en el campo, en un pueblo muy alto de Kabila, y muchas veces se llevaba con él a Mohamed —que entonces era un chiquillo de ocho o diez años— para que trajera un poco de leña y se fuera acostumbrando a la montaña. Vivían en una casita de una sola habitación, pero tenían una pequeña huerta con el único manantial de toda la comarca.

Después se trasladó a Argel con la familia y allí sigue viviendo. Como tiene diez hijos, el subsidio familiar le permite ahorrar, mantener a todos y aún dar asilo a más de una docena de parientes pobres que vinieron de la aldea.

Aparte de Mohamed, también los otros tres hijos mayores estaban fuera de su casa por entonces. Uno fue detenido en Toulouse poco después de comenzar la guerra. El tercero y el cuarto se habían unido



GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NARRACIONES

1962-63



al A. L. N. más tarde, para hacer la guerrilla en las mismas montañas por donde habían correteado cuando eran niños.

—¿Tiene noticias de ellos? —le pregunté.

—Si —repuso satisfecho—. Cada res o cuatro meses nos llega alguna carta.

Recuerdo que, al llegar a este punto, el padre de Mohamed se quedó callado, como si hubiese terminado de hablar.

Pero Mohamed, que le conocía bien, le dirigió una mirada insistente y el viejo bajó los ojos un poco confuso y vacilante.

—¿Y Raschid? —le pregunté.

El viejo sonrió con una sonrisa casi beatífica, muy dulce.

—Se ha ido también al maquis —contestó.

La noticia, que había querido reservar sin duda para el final, o para escribir a solas a su hijo, nos conmovió más que ninguna otra.

Raschid era el hermano más querido de Mohamed. Con frecuencia se hablaba de él, con orgullo, porque era la gran promesa de la familia. En la escuela había ocupado siempre los mejores puestos, por delante de los franceses, y escribía en árabe y francés con extraña soltura.

Sus largas cartas venían llenas de tristeza y de nostalgia, de amor a su tierra devastada por la guerra. Hablaba de días rocosos eslabados, pero siempre impassibles; de las cumbres que guardaban su gullo altanero; del «verdor de las lomas, agostado pero tenaz...» Usaba ingenuas expresiones, como «el olor de la libertad», «la agonía de la vida», «la voz de los mártires».

«Había una paz universal y eterna que extendiera su blanca ala bienhechora sobre tanta locura». Y una vez llegó a escribirme: «¡Alabanzas al hombre que se conduce con el orgullo de su semejante y se regocija por su felicidad!».

Recuerdo que hacía ya algún tiempo había llegado una carta suya, algo más optimista que de costumbre. Decía en ella que un reciente discurso de De Gaulle le había traído un poco de esperanza. «Un souplesse d'espoir», escribía exactamente...

Raschid tenía entonces apenas

veinte años y estaba a punto de terminar su Bachillerato. Cuando su padre nos dijo que se había ido al maquis, yo pensé que aquel año ya no podría examinarse.

—¿Cómo fue? —preguntamos.

El anciano se encogió de hombros y dijo vagamente, como si no se dirigiera a nadie en particular, o como si su voz nos llegara de la otra parte del Mediterráneo:

—Llevaba dos o tres días muy serio... Yo no le preguntaba nada, pero le vigilaba con atención. Hacía más de una semana que no discutíamos después de cenar. El volvía muy tarde a casa o se acostaba sin decir una palabra. «Tú sabrás por qué», pensaba yo... Ahora, los chicos se han vuelto muy reservados. Hasta que una noche le vi todavía más sombrío y no pude aguantarme y le pregunté qué le pasaba. Me contestó que tenía mucho que estudiar y que no creía que las cosas marcharan tan bien como para ir charlando de ellas como una mujer. «No voy a ponerme a bailar», me dijo. Pero luego estuvo acariciando a la pequeña y jugó con los otros un poquito... ¡Ah! Pero al día siguiente nos encontramos la carta...

Los cuatro hermanos mayores se habían marchado también sin despedirse, dejando una carta sobre la mesa. Raschid sabía, pues, lo que había que hacer.

Por la noche se había acostado antes que de costumbre, sin mirar a su padre durante toda la cena, y no se le oyó revolverse en la cama, como hacía siempre. A la mañana temprana, cuando el padre se levantó para marchar al trabajo, vio un papel sobre la mesa. No necesitaba leerlo para comprender lo que había pasado: nunca se tropezaba cinco veces en la misma piedra. Pero más tarde leyó aquella carta muchas veces y la había guardado consigo.

Al llegar a este punto del relato, llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y extrajo la cartera. Observé que sus manos temblaban, pese a su aparente tranquilidad. Tendió a Mohamed media cuartilla cuidadosamente doblada y se recostó en su asiento.

Mohamed estuvo leyendo la carta mucho rato, como si la descifrara

SIGUE

TERGAL® PARA ELLAS

En el
vestir diario
un
sello de
elegancia
práctica.
TERGAL®
sólo es
TERGAL® si
lleva la
etiqueta
TERGAL®
numerada.



REG. MARCA DE FABR. DE SAFA S.A. - MADE IN ITALY - MADE IN ITALY



v. / icon. n. a. terro de mudid

TERGAL®
VISTE ACTUAL



TERGAL... el de los "Formidables"

Escuche Vd. el programa "Vds. son Formidables" por la Cadena S.E.R. todos los miércoles a las 23 horas y los jueves a las 23'15

NUMERO 34

UN FELLAGHA

difícilmente o se tratara de un largo mensaje. Luego me la tendió con rostro inexpresivo.

En el papel sólo había dos líneas escritas. No aparecía tampoco firma alguna. Pero yo reconocí la letra cuidada, aguda. Decía: «Muy querido padre: No podía soportar esto por más tiempo. Me voy con mis hermanos.»

Nos quedamos un momento en silencio. El viejo guardó la hoja en la cartera después de doblarla con igual cuidado y se la metió en el bolsillo.

—¿Cuándo se fue?

—Hace dos meses. Aún no hemos tenido noticia de él.

Mohamed explicó que era natural. Debía estar preparándose en la montaña, en algún campo secreto. Estaría aprendiendo a tirar con la metralleta o a manejar el transmisor portátil, o algún otro menester propio de la guerra.

«A lo mejor ha intervenido en alguna escaramuza —pensé yo. También es posible que haya sido alcanzado por algún avión, como su primo Ahmed.»

Mohamed y su padre volvieron a quedarse callados. Al viejo le brillaban los ojos, pero sonreía tímidamente.

—Cinco ya son demasiados —dijo de pronto, como rebelándose—. Y lo malo es que Krim y Serif ya andan con secretos a mis espaldas... El día menos pensado me hacen lo mismo éstos también.

Mohamed le interrumpió con sorprendente acritud.

—No podemos quejarnos. Es la Revolución. Otros lo han pasado peor.

El viejo se excusó, sin acabar de dar su brazo a torcer:

—Si no me quejo. Ya sé que debo estar orgulloso. Pero cinco en una misma familia... Nuestro vecino tiene cuatro hijos y ninguno se le ha ido... Luego el fruto será para todos igual.

Mohamed, muy nervioso, se puso a increparle en bereber durante un rato. El padre asentía con aire no muy convencido. Dolía verle luchar por dominar su sentimiento. Sin embargo, al final se volvió hacia mí y me explicó, resignado:

—Estamos en la Revolución... Otros lo han pasado peor, verdaderamente... No nos podemos quejar...

Horas después, cuando me quedé solo con Mohamed, me dijo intentando justificar a su padre:

—El hombre está viejo...; pertenece a otra generación. Y ha sufrido mucho. En fin, tiene razón además; a toda la gente no se la puede obligar a hacer lo que nosotros hacemos.

Se calló y después sacó de la cartera una fotografía. La contempló endureciendo la expresión y luego me la pasó. No era la primera vez que yo veía aquella imagen: un muchacho rubio, delgado, casi adolescente, que tenía en las rodillas a un niño. Pero aquella noche me fijé en su gesto serio y triste, en sus ojos tan claros, en la mirada profunda.

Mohamed, que me observaba atentamente, se atrevió a confiarme:

—No es muy fuerte...

El tono de voz de Mohamed me emocionó y presté atención a la delgadez del muchacho de la fotografía, a sus rasgos finos, a sus manos de estudiante.

«No. No es fuerte —pensé—. Raschid no es un hombre para ir por la montaña con la ametralladora a la espalda; para andar treinta kilómetros cada día sin descanso; para resistir demasiado sin comer ni beber, escondido en una cueva o subido en un árbol. ¿Resistirá la tensión de las noches de espera, de las emboscadas sin retroceso, de las largas horas bajo la lluvia?»

Esto era también lo que pensaba Mohamed. Porque cuando le devolví la fotografía sacudió la cabeza y forzó una de sus sonrisas:

—Un «fellagha», le llamarán los franceses —dijo con amargura.

No. Raschid no era fuerte. Su corazón no pudo aguantar la ansiedad de la paz que ya se acercaba. Sus manos acaso no pudieron dar al gatillo con la firmeza que era precisa. Sus piernas no resistieron la carrera necesaria para escapar a las ráfagas de plomo. O tal vez sus nervios no soportaron la tensión de las horas postreras.

«Cayó en las últimas escaramuzas, la víspera del alto el fuego, perseguido por una unidad de la Legión Extranjera. Mi padre se enteró cuando fue a buscarle al lugar donde le habían dicho que estaba. Pero apenas llegar, la gente le anunció la noticia de la muerte, reciente de dos semanas.» Eso es cuando dice Mohamed en su carta, que me llega el mismo día de la gran fiesta de Argel.

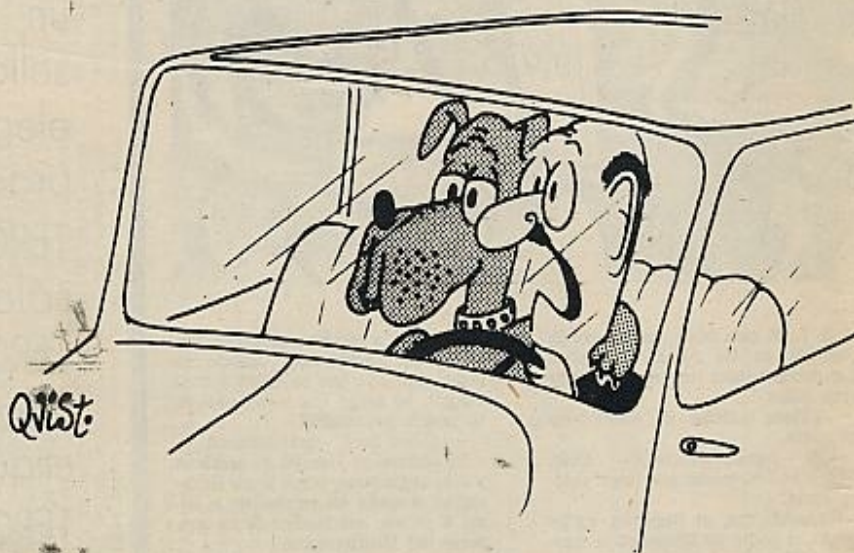
Sí. En estos momentos, la calle Michelet, la Casbah y hasta Bab el Oued, arden de entusiasmo. En la plaza de los Mártires suenan los discursos y los aplausos. Seguramente otros hermanos de Mohamed habrán desfilaré entre las aclamaciones del pueblo. Los cuatro hijos de sus vecinos, que no hicieron la guerra, entonarán los cánticos patrióticos, enarbolando las banderas. Y el padre de Mohamed procurará sonreír posiblemente, como aquella noche, pero recordará también.

Raschid no era fuerte... Lo suyo no era la ametralladora. Lo suyo era estudiar y salir los domingos al puerto para ver zarpar los grandes buques cargados de naranjas... Lo suyo era morderse las uñas de rabia en los rincones y, alguna vez, escribir cartas encendidas, cartas en que hablaba de grandes descos, de una inquietud que no sabíamos interpretar; cartas anhelantes en que nos contaba tal vez cómo le habla llegado al fin un soplo de esperanza.

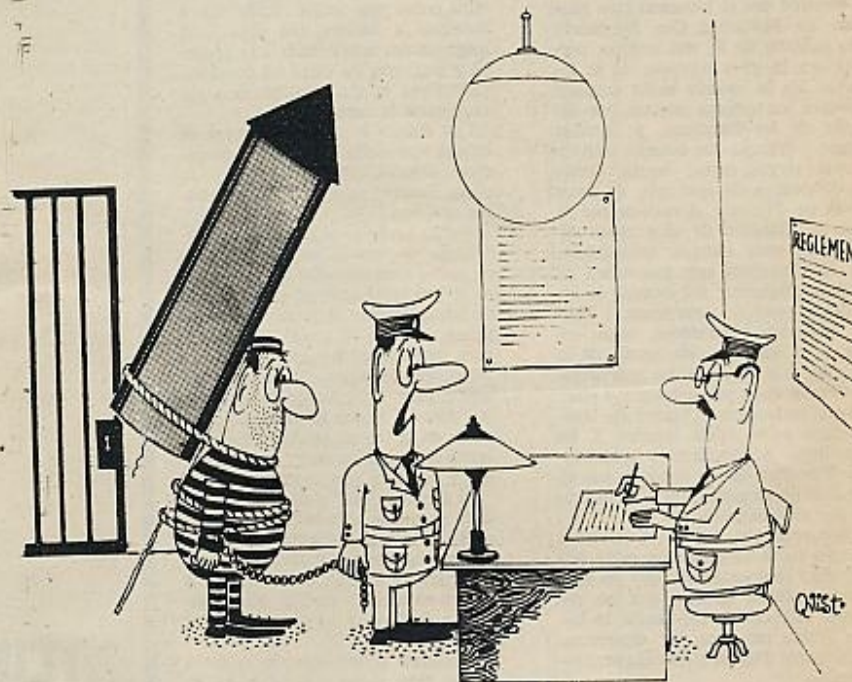
JUAN MOLLA

(Ilustraciones de URCULO)

QUIST



—¿Por qué no vas mirando por la ventanilla como hacen los demás perros?



—Acabo de sorprender al 1.408 intentando fugarse.